

JOIGNANT, Alfredo y Pedro GÜELL (editores), 2011, *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales. 293 pp.

Alfredo Joignant y Pedro Güell aciertan en el diagnóstico que sirve de apertura a su reciente libro. Ejercicio obligado de la historia, la ciencia política y la sociología, el estudio de las elites no figura, sin embargo, ni en los manuales de ciencias sociales contemporáneos ni, aun menos, en los temas de interés que organizan las agendas académicas latinoamericanas. No obstante, algo parece estar cambiando. A la nutrida primera cita de apoyaturas bibliográficas, que nos recuerda que los anglosajones son prolíferos en casi todas las problemáticas de investigación posibles, se van sumando las referencias de los diversos capítulos que, desde distintos ángulos, desarrollan con sus indagaciones el tema que aquí los convoca.

Y, aunque este libro es en sí una señal del retorno de «El poder, la dominación y la jerarquía» (tal el título de la introducción) a la sociología latinoamericana, no se trata de una expresión solitaria. Chile parece llevar la delantera en lo que se refiere al escrutinio minucioso de sus elites. Paradójicamente para los acólitos de la impersonalidad y el fatalismo del mercado, es el país modelo del neoliberalismo el que revitaliza en la región, desde hace algunos años, la reflexión sobre el reclutamiento y la reproducción de las elites. Fueron, en efecto, pioneras las reflexiones sobre los tecnócratas y su protagonismo en las reformas estructurales. Pioneros son también, desde principios de la década de 2000, las tesis y los libros sobre la cuestión. Y si faltara un signo más explícito, en 2004, el PNUD publicó un extenso informe: *El poder: para qué y para quién*, de honda repercusión en el debate público santiaguino.

Sobre este trasfondo se afirma la reciente compilación y ello se hace con una definición amplia del término elite. Tal como reza la introducción, ha de designarse con este término al «grupo de hombres y mujeres notables bajo algún aspecto o fundamento: capital económico o cultural, saber especializado o experto, redes sociales selectas, *know-how* escaso referido al funcionamiento práctico de tal o cual actividad, explotación de apellidos socialmente valorados en un determinado momento y en una determinada sociedad» (p. 12). Se trata de una acepción vasta y sin jerarquías internas que cumple aquí la función de federar un conjunto de problemáticas y estudios empíricos de gran calidad.

Pero ya la federación de artículos circunscribe un poco más la mirada y acuerda a los tecnócratas un lugar fundamental. Con la excepción de María Angélica Thumala que estudia la base religiosa de la elite económica chilena, de Omar Aguilar que propone

un recorrido histórico y contemporáneo de las estrategias de cierre de las familias tradicionales y de Cristóbal Rovira que moviliza distintos ejemplos latinoamericanos para su indagación teórico-conceptual, las otras contribuciones se focalizan en las posiciones y decisiones gubernamentales y, más específicamente, en las tensiones entre tecnócratas y políticos.

Dentro de este gran conjunto, se precisan a su vez dos enfoques. Por un lado, Mireya Dávila, Alfredo Joignant, Gonzalo Delamaza y Patricio Silva se concentran en los personajes que ocuparon las principales posiciones ejecutivas, sus modos de reclutamiento y su relación con los partidos, los militares, las ONGs y, una vez en el aparato estatal, con otros miembros del gobierno. Aunque con énfasis históricos distintos, todos proponen una mirada sobre el período que se inaugura con la transición democrática y que contiene la larga década de la Concertación. Por otro lado, José Ossandón, Carolina Aguilera y Claudio Fuentes, y Oriana Bernasconi observan a los expertos y políticos en acción. Ossandón se interesa en la intervención de los economistas en la conformación del mercado de salud provisional (ISAPRE) durante la dictadura y después; Aguilera y Fuentes detallan la composición y el funcionamiento de las comisiones técnico-políticas de discusión de políticas estatales convocadas por el gobierno de Bachelet; Bernasconi, al fin, analiza las controversias públicas en torno de los proyectos de ley sobre eutanasia y muerte digna.

Si es el análisis de los gobernantes el que concentra mayor atención, la manera en que se los define y estudia no es en todos los casos la misma. Mientras Dávila y Silva perseveran en una definición de tecnocracia arraigada en conocimientos escasos y valorados, requeridos y movilizados en situaciones de urgencia política, Joignant intenta avanzar en una distinción más compleja que diferencie a los tecnócratas políticos de los tecnócratas pragmáticos. En su definición no solo se contemplan las carreras de grado y posgrado, sino también la experiencia de militancia, la posición ocupada en cargos locales y regionales, así como, finalmente, los cargos desempeñados antes del primer nombramiento.

Más allá de las definiciones y fuentes empíricas consultadas, los autores van introduciendo diversas hipótesis sobre la permanencia de los tecnócratas en las administraciones civiles. Hipótesis que van desde la debilidad de los partidos hasta los acuerdos de la transición, pasando por las señales de continuidad del programa económico, el exilio de las elites de centro izquierda y el peso de los organismos internacionales. En todos los casos, parece seguir vigente una fuerte afinidad entre tecnocracia y ciencias económicas, así como una generalizada sospecha sobre el modo en que el ascenso de estos grupos atenta contra la participación ciudadana y el robustecimiento de la sociedad civil.

Sobre todo en el caso de la tecnocracia, se extraña una mirada transversal sobre los artículos. A la virtud de congregar y exponer distintas perspectivas, hubiera sido deseable que los compiladores adicionaran una reflexión transversal que reconstruyera con más precisión la novedad analítica de estos trabajos, las convergencias que los unen y las diferencias que los separan. ¿Constituyen estos estudios una prolongación en el tiempo de los análisis centrados en los *Chicago boys* y su estela bajo el primer gobierno democrático? ¿Qué ha iluminado y qué ha dejado en la sombra el modo de aproximación predominante en esos primeros estudios? ¿Qué aportes provoca la distinción más fina propuesta por Joignant a las definiciones convencionalmente empleadas? ¿Qué balance puede hacerse hoy, a tres décadas de las reformas pinochetistas, sobre el predominio de los economistas y su homologación a las tecnocracias partidarias y gubernamentales? ¿Hasta qué punto las universidades, los partidos, los gobiernos y el Estado siguen funcionando con los mismos clavajes y tensiones que en aquellos estudios liminares?

En respuesta a alguna de estas preguntas, aludidas pero no planteadas explícitamente, se entrelaza la diversidad de apoyaturas teórico-analíticas, de clara inspiración francesa no obstante, en las que se inscriben sus autores. Como una cabal muestra del estado de la teoría social en la región –en el tratamiento de las elites, en particular–, los enfoques más clásicos, maquiavelistas o estructural-funcionalistas, conviven con la fuerte impronta de la sociología de Pierre Bourdieu, las críticas reformistas a su pensamiento y las nuevas escuelas vinculadas a la sociología de la ciencia y el actor-red. En este sentido, el análisis de Cristóbal Rovira y la excelente articulación analítica de María Angélica Thumala contribuyen a situar el estudio de las elites en una controversia más amplia, vinculada tanto con la reproducción y el cambio social (en el primer artículo) como con la teoría de la acción (en el segundo).

Los autores logran de este modo proponer un mosaico estimulante y actualizado sobre las elites, en particular las elites gubernamentales, y entre ellas sobre las tecnocráticas del Chile actual. En este sentido, la introducción anticipa algunas de las preguntas que quedan abiertas y sin respuesta. En primer lugar, el desfasaje entre la definición de elite y los estudios incluidos deja algunos puntos ciegos. Más allá de las pertinentes alusiones realizadas por los autores, no hay una reflexión sistemática sobre el empresariado y su relación con las grandes familias, los partidos políticos y las instituciones de formación y reproducción de los tecnócratas. La elección de Sebastián Piñera a la presidencia agudiza esta falta. Del mismo modo, aunque Gonzalo Delamaza hace referencia a la sociedad civil y Patricio Silva menciona a los sindicatos, valdría la pena completar estas indagaciones, al menos con reflexiones sobre las organizaciones y los representantes de otros grupos sociales aquí desatendidos. En segundo lugar, la conclusión de los compiladores insiste en el interrogan-

te sobre la permanencia y la renovación de las elites chilenas, introduciendo, por ejemplo, la cuestión del peso específico de ciertos recursos que las delimitan. Hubiera sido estimulante que en los pasajes en los que se subraya cierta vigencia de los políticos profesionales o de los hombres de partido –¿los mandarines del título?– se subrayara cuáles son estas capacidades o atributos retenidos y perpetuados; también hubiera sido de interés que se profundizara a la hora de reflexionar sobre la apertura o el cierre de las familias tradicionales chilenas cuál es su vínculo con los otros personajes de esta obra. Finalmente, la introducción constata que una de las debilidades de los estudios actuales sobre las elites es su carácter no relacional. La reflexión es atinada, sobre todo porque recupera una de las proposiciones desatendidas por los padres fundadores de esta problemática: si no puede haber sociedades sin elites, ¿qué nos dicen estas últimas de las primeras? ¿Qué de las tensiones entre políticos y tecnócratas, entre familias tradicionales y advenedizos, entre religiosos y modernizadores refleja o refracta los cambios ocurridos con la democratización y el mercado abierto en otros grupos sociales menos privilegiados?

En suma, con sus aportes y sus vacancias, el libro compilado por Joignant y Güell es una excelente muestra de la diversidad, la excelencia y la solidez de la investigación sobre las elites en Chile y constituye, en este sentido, un estímulo y una invitación al diálogo para quienes empezamos a dar los primeros pasos en estos temas en la Argentina.

Mariana Heredia

*Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional San Martín, Argentina*